

**UNIVERSIDAD DE CIENCIAS MÉDICAS DE LA
HABANA
FACULTAD DE ENFERMERÍA LIDIA DOCE**

Concurso 27 de noviembre

Título: Crónicas de días grises; pero primaverales.

Autora: Tania M. Pérez Valladares.

Curso 2019 / 2020

Crónica de días grises; pero primaverales

Cinco horas frente al televisor atrapada con un concierto por la paz. Juanes, la Tañón, Orichas, Van Van y otros regalaban su arte a un pueblo sediento de cultura. Yo frente a la tele y mi mente allí, sabía que la Yuda y otros amigos disfrutaban por mí de tan esperado espectáculo.

Aproximadamente a las 10 de la noche se iniciaba en la boca de mi estómago otro concierto y no precisamente por la paz; a mis tripas les estaba ocurriendo algo. Mi Sistema Nervioso Central sufría alteraciones, mi respiración se agitaba, los vómitos daban sonido a la noche:

_ Una mala digestión – pensé.

Salí para el policlínico, ya no podía estar ni sentada ni en la cama ni de pie ya no podía más. Orly rápidamente me condujo al Policlínico Turcios Lima, en el Mónaco y caminando lentamente llegamos. Un par de doctoras locas por acostarse a dormir me atendieron. Me examinaron, estaban buscando la posibilidad de apendicitis, no había síntomas, el estómago estaba blando y no había ningún síntoma de endurecimiento. No mostré dolor cuando me apretaban el lado derecho.

Me hicieron un electrocardiograma en busca de infarto (yo no sabía lo que era eso, pensé que me daban corriente) y me inyectaron gravinol con duralgina. Casi me desmayo, me entraron mareos y estaba muy nerviosa, no estaba acostumbrada a sentirme tan mal, mucho menos a inyectarme. Creo que mis nalgas no veían una jeringuilla desde que era niña. Decidí sentarme por lo débil que estaba hasta que me vinieron las ganas de vomitar y arrojé hasta el alma. Mejoró un poco mi estado de ánimo y caminando partimos para la casa con la esperanza de que ya me curaría.

Ya era **lunes 21** el concierto sin paz continuaba después de 5 horas de iniciado. Era imposible dormir, las lágrimas brotaban de mis ojos como cataratas de angustia. El dolor se hacía infinito.

A las 6 y 30 Durán, un vecino, nos lleva para el Hospital Nacional y ya allí describo mi fuerte dolor en la boca del estómago y sin hacer un reconocimiento de mi abdomen me remiten para hacerme otro electro y un fuerte calmante en vena para aliviar el dolor de una posible gastritis. Fue una sorpresa encontrarme a un alumno en sus funciones de enfermero.

Mi concierto no cesaba; ya la Tañón en Puerto Rico, ya Juanes en su Miami y mis tripas seguían con su desafinado concierto.

El medicamento hizo que me calmara y que el dolor se enmascarara. Dormí un par de horas quizás, pero seguían los acordes de la extraña melodía en mi abdomen. No pude merendar, no pude almorzar y el cuerpo se afiebraba, notando que el dolor se trasladaba ahora para el lado derecho. Mi estado era negro, mis pensamientos en blanco. Al levantarme de la cama solo podía caminar doblada hacia delante. Imaginé el veredicto y sugerí de inmediato que llamaran a Oscar para trasladarme nuevamente al hospital Nacional. Eran aproximadamente las dos de la tarde. Ya montada en el carro, sufriendo y llorando por tan infinito dolor

vomitó nuevamente todo..., solo deseaba llegar al Hospital y culminar con el suplicio que me tenía desvelada y en agonía durante ya casi 16 horas.

Llegamos y fuimos a la consulta del médico de guardia, ella muy amorosa me remitió para la consulta de cirugía.

El mágico encuentro se produjo; tres especialistas me recibieron y el más joven me tomó los datos y me hizo repetir detalladamente todo lo ocurrido desde el inicio del incipiente dolor.

Realizó preguntas y más preguntas hasta ir al detalle y cada una de ellas pretendía llegar a la causa de mi sufrimiento. Me pidió acostarme en la camilla y sus delicadas e inmaculadas manos iniciaron el recorrido en círculo por mi panza desinflada y enjuta de tanto dolor.

Ya tenía el veredicto, yo también. Aún así hizo que los compañeros de guardia recocieran mi estado, no podía haber equivocación. Con una tranquilidad espantosa me comunicó que me ingresaría ya que me operarían de apendicitis.

Rápidamente se inició la preparación de mi primera operación. Orly fue en busca de la Historia Clínica y yo a realizarme los análisis previos.

No imaginaba yo lo que se avecinaba, los momentos más negros de mi vida. Tenía que ponerme sondas y levín, yo no sabía ni remotamente lo que me esperaba, estaba como el pescado en tarima, con los ojos abiertos, pero darme cuenta de nada.

Un joven enfermero me canalizó la vena y me colocó la sonda, ardor y molestia fue lo que sentí.

Me oriné, envejecí al verme en ese estado tan deprimente. Cuando pensé que ya era todo, veo al enfermero con una trozo de goma (como los que usaba para obtener gases en el laboratorio, cuando impartía química) que estaba destinado para ser introducido en mi fina y delicada nariz. Mis gritos se amplificaban, el desespero nuevamente me invadió. Más de seis intentos realizó el enfermero y yo bruscamente me sacaba la goma mezclada con vómitos, flemas y cuanto líquido le quedaba a mi cuerpo. El enfermero se esmeró, fue delicado pero sufría tanto o más que yo. Mis vómitos, mis gritos y mis muestras de agonía con lágrimas de piedad impedían el descenso de la goma. Por instantes miraba a Orly y le rogaba con mi mirada que me entendiera, que mi actitud no era una malacrianza más, sino mi incapacidad para soportar tanta amargura.

El enfermero le pidió al médico que dado mi estado nervioso que me entubaran bajo la anestesia, a lo que el disciplinado e imperfecto galeno respondió que eso era en este momento y no en otro.

Se acercó a mí diciendo que el salón esperaba por mí, que todo estaba listo y tomando protagonismo, intentó introducirme la dichosa goma, ya en la garganta varias veces la sacaba en mi descontrolado desespero. Pidió otra goma y algo malhumorado, pidió guantes y un lubricante. Se calmó y con una voz suave me rogó que ayudara tomó mi cara y con una paz infinita me decía respira y traga, repetía en imperativo esas dos palabras hasta que al fin descendió hasta el lugar deseado el indeseado trozo de goma.

Mis lágrimas hidrataban mi cara, ya me estaba calmando. Me montaron en la camilla y los dos, Orlando y el médico, me trasladaron hacia el salón de Operaciones.

El bullicio del cuerpo de Guardia, el ruido de las ruedas de la camilla sobre el piso desnivelado, mi vista hacia el falso techo y las luces de aquellos largos pasillos me entretenían en mi recorrido rumbo al salón verde con luces y anestesia. Ya en la puerta miré a Orly con una mirada ya sin vista, las lágrimas deseaban lanzarse como un surtidor sobre mi rostro ya sin rostro, estaba ida, no hacía falta anestesia. Mi llanto, mis gritos y mi agonía habían anulado ya mis fuerzas.

Un camillero sustituyó a Orly y con una mirada piadosa me condujo hacia otro salón. En este nuevo cuarto me sometí a la entrevista con el anestesista; joven simpático muy gracioso que me preguntó si fumaba, si tomaba, si era alérgica y a qué y otras preguntas que según respondía llenaba en un papel. Al rato casi media hora una voz orienta mi traslado, antes, me quitan el ajustador, la felpa del pelo pero no me desvistieron. Mi traslado hacia el Salón de operaciones se realizaría con la misma ropa que llevaba puesta desde el día anterior.

Al parecer había llegado al salón. Una cubanísima enfermera, con unas tetas similares a dos inmensas calabazas, me hablaba, me medió la presión, me amarró, me colgó del cuello una tira de gasa y nuevamente el anestesista me habló diciéndome que me pondría oxígeno con una careta; yo no necesitaba explicación alguna sólo sabía que el concierto que se había iniciado hacía 18 horas llegaba a su fin.

Miré al techo y fijando mi débil vista en un punto negro que había, vinieron a mi mente recuerdos de mi parto, de mis primeros días con mi niño, de cuando empezó la escuela, de él con su uniforme y pañoleta, de Orly con sus dos hijas, de los cinco en el Parque Lenin y dejé de ver y pensar. Fueron los segundos más tranquilos de mi vida. Nada, eso era, nada. Morí en ese instante. Fue muy pero muy agradable.

Yo me había ido y mi cuerpo se encontraba abierto para el equipo que se encargaría de operarme de Apendicitis aguda.

La luz del sol fue lo primero que vi cuando volví en mí casi a las 7 de la noche, los cristales indiscretos de una ventana me dieron esa feliz oportunidad. No sabía nada. Voces alegres y lejanas llegaban a mí. ¿me operaron?- me preguntaba. Extrañaba el concierto. Me tocaba la barriga y me sentía como una momia envuelta en esparadrapo. Me sentía pesada y densa. La goma por la nariz continuaba y la sensación constante de orinar me entretenía.

La molestia del levín era lo más absurdo del momento, tragaba y tragaba; los labios los sentía secos y en cuadriláteros. El ruido de la presión del O₂ hizo que me acordara de Oscar (cura, tío de Orly que cuidé con amor los últimos días de su vida), traté de sacarme la manguerita de la nariz y efectivamente me estaban oxigenando. Al levantar mi brazo izquierdo noté que estaba lleno de sangre y que en el salón me tuvieron que canalizar otra vena, ¿qué habrá pasado?

El ruido de unas chancletas hicieron que levantara mi cabeza y con un chiflido traté de llamar la atención como si la operación hubiese sido de las cuerdas vocales, pregunté con las manos si ya me habían operado a lo que me contestaron – Sí y saliste muy bien.

Me miré y reparé que me habían operado con mi ropa ¡qué horror! ¡Mi blusa preferida estaba manchada ¡ ¡ ya no podré ponerme mi bikini nuevo! Por momentos odié la operación, el hospital, al médico, a las gomas a todo. Estaba negativa.

A pesar de todo me alegré, estaba bien como me dijeron sólo pero me importunaba las gomas dentro de mi cuerpo.

Nuevamente para una camilla, me sentía tan bien que casi me cambio sola de un lado para otro.

Al abrir la puerta el camillero, allí estaba Orly, fiel, en mi espera, le sonreí y me sentí tranquila y segura al verlo a mi lado nuevamente. Pensé, ¿estuvo Orly parado ahí todas estas horas? Puede ser me contesté, es tan disciplinado y tan preocupado que actuaría así si se lo piden. Estaba acompañado por Efraín (un vecino antiguo medio loco, que siempre le faltó una tuerca) que su puesto de trabajo es en el Hospital Nacional y me prestó dos sábanas para al menos descansar y dormir sobre tejidos y poder quitarme la ropa que me acompañó durante mis 22 horas desde que comenzó el concierto hasta que culminó con la extracción del órgano que desafinaba y provocó tanto ruido en mi virgen e ingenuo organismo.

En el recorrido hacia los elevadores vi la noche y sus estrellas, fue grato.

Ya eran pasadas las 8 de la noche y estaba acostada en la cama 26 de la sala 4B de Cirugía. Aún siendo de noche empecé a recibir visitas: Ulises, el Chino y mi tío Niño, este último acompañó a Orly hasta casi la media noche, cuidando de cada gesto y movimiento mío.

Martes 22 de septiembre de 2009.

Tuve que amanecer sola en aquel cuarto que me había recibido la noche anterior. Miro a mi lado y veo a una señora que da más vueltas que un trompo, al parecer está ansiosa.

En frente una mujer que tiene más operaciones que pelo. Cuenta y cuenta todas sus experiencias como trofeos de guerra. La última fue un error y casi muere, fue salvada en el hospital Nacional, habla con mucho orgullo de los médicos de este hospital.

Cuando el sol calentaba ya medio cuerpo mío, otra luz me daba más calor; era la voz de mi médico que venía sonriente a darme los buenos días. Yo apenas le contesté solo le rogaba que quitara de mi cuerpo todas las mangueras que colocó él mismo y que me proporcionó durante tantas horas de agonía.

Él a pesar de que era saliente de una guardia estaba perfumado y el aroma a gel me recordó a Alain, Yo sucia con restos de sangre en mis manos y las marcas de

vómito por mi pecho y cuello. No sentí pena, solo deseaba sentirme sin objetos extraños en mi cuerpo.

Después de su corta entrevista y mostrarme su preocupación por encontrarme sola me despojó del levín y la sonda, le sonreí estaba sucia y pestilente pero feliz. Me dio las orientaciones: no comer (hasta el miércoles), no agua (hasta después del mediodía y pequeños sorbos), sí jugos (después de las 4 de la tarde y en sorbos), reposo total, caminar con cuidado y evitar todo tipo de esfuerzo. Me trataba de convencer que la disciplina era fundamental, que la negativa a comer era debido a que los movimientos del intestino tenían que lograrse poco a poco y que los vómitos tenía que evitarlos.

Solo 15 minutos estuvo, se despidió y me preguntó por Orly, se mostró muy preocupado por hallarme sola, tan solo a horas de haberme operado. Yo le expliqué la causa de mi soledad y le dije que eso era por muy poco tiempo que se fuera tranquilo.

Tenía un problema, estaba sola y los deseos de orinar eran cada vez mayores, no tuve otra alternativa que orinarme en la cama y varias veces, además. Maylin, mi cuñada se apareció cuando me encontraba nadando en orine, le dio una risa increíble yo como si nada, estaba sin dolor y sin gomas. Mi hermano Rodolfo no pudo subir estaba emocionado y hasta con lágrimas brotando (la verdad que él y yo somos un par de llorones (Pensaba _ cuando Orly llegue pues me baño y me buscaran una cuña para mis constantes deseos de miccionar)

Al fin casi a las 10 de la mañana llega Orly custodiado por Tony y mi hermana ya que parecía una mudanza. Con ellos llegó el aseo, la ventilación, la limpieza, la música, mi Martí y mi estabilidad emocional.

Las visitas se iniciaron amigos, compañeros de trabajo, Alain, Mi cuñado, mami, tía, mis amigas, mis vecinas que sumando llegan a 25 (no exagero). He aquí la lista: Virginia, Omaidá, Viti, Andrés, Sayly, Yudaimi, Yaznay, Loly, Reynaldo, Ortiz, Gerardo, Jorge, Ma Elena, Cachita, Annia, Alain, Felipe, Aurora, Tony, Maylin, mami, Rodolfo, Ulises, Noly y Orly. Nunca estuve sola.

La presencia del enfermero Sony despertó mi interés. Ese chico parecía cualquier cosa menos un profesional de la salud, me recordaba a los enajenados alumnos que tuve en la Escuela de Enfermería y que nunca se pudieron graduar. Sus gestos, su forma de caminar, su presencia estaba alejada de su profesión. Tratarlo; valorar la calidad en su desempeño, percatarme de lo responsable en horario y modo de ponerme el medicamento y observarlo a cada instante sin dormir sin descansar y explicando cada proceder que realizaba; hicieron que lo admirara y lo recibiera con alegría cada vez que hacía su guaposa entrada al cuarto.

La señora de al lado estaba esperando ser operada de unos nódulos en las mamas pero su HTA le imposibilitaba su entrada al salón, ella que le encantaba

comer sólo hacía embullarme para que le diera movimiento a mis intestinos y comiera de cuanto había; yo, disciplinada seguía al extremo las orientaciones del galeno. Casi no podía leer, ni escuchar música las visitas se hicieron habituales y era imposible descansar.

Al terminar la tarde mi hermano Felipe llegó y con él, la alegría. Me reí de lo lindo; se empezó a meter con la señora de al lado, le preguntaba el teléfono, de donde era, que si era de Oriente, que no quiere volver para su tierra y así que la anciana se sentó a mi lado para disfrutar de la presencia del hermano menor de la familia. Casi entrada la noche ingresó una nueva paciente, una linda longeva de 78 años con un sangramiento rectal pero con una mirada y un semblante encantador. Le puse la princesa del cuarto por lo linda de su cara.

Jorge (mi cuñado), Alain y Felipe me acompañaron hasta casi las 8 de la noche que Orly los botó para que el cuarto volviera a su normalidad.

La noche terminó. Nuevamente Orly y yo solos, descansé poco, no dormí tan bien, Sentía la barriga apretada y las piernas estaban como atontadas. Así despedí la segunda noche en el 4to Piso del Hospital Nacional.

Miércoles 23 de septiembre

Me desperté a las 6 de la mañana y ya a las 6 y 30 estaba gozando de un regio baño por Orly. Me perfumó, me peinó, arregló la cama y me buscó un jugo para desayunar. A las 7 ya se despedía. Hoy cuidarían de mi la Yuda y Yaznay hasta que llegara mi hermana por la noche. Orly necesitaba descansar y limpiar toda la casa, para mi llegada el jueves.

Escuchando música me encontró Yudaimi a las 8 de la mañana. Rápidamente inicié mi caminata por el pasillo. Varios médicos que entraban al cuarto no imaginaban que estaba operada, incluso algunos se cuestionaban por qué no me daban de alta. Me visitó el otro cirujano que estaba de guardia, el infernal día del ingreso.

El encuentro en el pasillo con el médico fue esperanzador, pensaba en la remota posibilidad de que me diera el alta, pero nada, lo primero que me dijo fue- te quedas otro día más con antibióticos- . Me destapó la herida y escuchó el movimiento de mis intestinos. Contento con mi evolución, orientaba cómo debería proceder para continuar con éxito. Ya podía almorzar con caldo sin mucha proteína y en la comida ya podía incorporar proteína con malanga pasada por la batidora. Estuvo toda la mañana en la Sala y de vez en vez intercambiaba frases con la Yuda y conmigo que paseábamos por el pasillo y fuimos al teléfono varias veces.

Mi vida continuaba normalmente sólo que las caminatas eran más seguidas, tenía que expulsar los gases adquiridos durante la intervención para sentirme mejor y desinflarme un poco que esa barrigaza que adquirí me hacía lucir anciana.

Eddy, era el nombre del enfermero de turno, tan guapo como el otro, creo que aún más; camisa corta y un caminao' de Pedro Navaja que espantaba. Sin embargo al tratarte era una dama, hablaba poco pero su mirada era humilde, tierna; inspiraba respeto y cariño. Ese joven no pudo ni pestañar, tenía solo en mi cuarto al caer la noche seis pacientes y tres de ellas con sueros y transfusiones, a pesar de eso no hizo falta mandarlo a buscar, estuvo siempre atento y con un carácter muy afable.

Después del mediodía, la vena se fue de canal justo cuando me ponían el antibiótico y Jorge Luis (ex compañero de trabajo, ahora Jefe de sala) me envió a una enfermera ya madura que cursa el 5to año de la licenciatura, la misma luchó con mis venas y me dio más pinchazos que un jodedor de cumpleaños desinflando globos.

Al fin lo logró y en el medio del brazo terminó de ponerme el medicamento. Las visitas no cesaron: Grisell, la amiguita, Julián su novia, mi tía, Yaznay, Yudaimi, mami hasta que llegó mi hermana a las 5 de la tarde.

Aurora, mi hermana mayor desde que entró formó tremendo algarabía. Sacó las cosas; los jugos, la comida y un pomo de agua (tal parece que iba de excursión para un desierto) que papi le había envuelto en no sé cuantas jabas y papeles de periódico que para poder tomar Agua era preferible ir a un río de lo complicado de la envoltura.

Justo a las 6 de la tarde entran simultáneamente; Consuelo (mi suegra), una paciente con transfusión, suero y con un hijo antipático que quería una suite en un Hotel; otra paciente con medicamentos y sangre y con más acompañantes que familia; Eddy con mi antibiótico y para colmo la naturaleza tan sabia inició un aguacero comparado con los del Gabo en su Macondo, que provocó que las ventanas se cerraran, las camas se corrieran, mi hermana con un soberano reguero, los camilleros, los acompañantes, el televisor a todo volumen como si fuera una sala de sordos e hipoacúsicos, es decir, se formó una tempestad en un minuto.

Consuelo en su llegada me puso casi de almohada la sombrilla y la cartera y tropezando, como elefante en la vidriera, con cuanto objeto de encontrara en el camino, logró sentarse en el sillón que mi hermana lo tenía repleto de cosas, casi no se veía de los bultos que tenía arriba.

Todo empezó por que la paciente de al lado tenía para ella dos mesitas la de ella y la mía, yo al ingresar utilicé una que evidentemente no era la mía. Al llegar la transfundida con su pequeño burgués hijo, este formó su lío y con una forma inadecuada pitó regao` para que le dieran su sillón y su mesa.

Yo me acordé que soy Voz de mandarina y dando órdenes logré trasladar mis cosas de una mesa para otra como juego de ping pong en una sola dirección, los tomacorrientes no servían sólo uno pero como la nueva inquilina no tenía ventilador, dejamos el mío para las dos. Todo volvía su normalidad, mi hermana

tardó casi una hora para ordenar el reguero, todos en sus trincheras y con sus pertrechos en orden y poder Eddy, al fin, ponerme el medicamento.

Mi hermana acompañó a la Consuelo hasta la parada y de regreso me levanté, comí y recibí la visita de tres alumnos de la Escuela de Enfermería, que estaban filmando una novela y aprovecharon para saludarme. Caminé con ellos por todo el pasillo y fue muy grato compartir con esos chicos que a pesar de que no les di clases, me mostraban tanto cariño. Los despedí y mi hermana aprovechó para llamar a Rodolfo por su cumple y a Steve Mc Coy (un enamorado marinero que la tiene en las nubes). Llamamos a Orly, se sorprendió al escuchar mi voz. Él en los días que estuvo en el hospital no se percató de los teléfonos del pasillo.

Terminaba la noche muerta de risa con las cosas de mi hermana, me asee y escuchando música despedí mi última noche en el Hospital Nacional.

Jueves 24 de septiembre

Amanecí lista y con todo recogido. Madrugué. Me bañó mi hermana y la risa de las dos hizo que se despertara todo el cuarto. Mi hermana no pudo evitar la carcajada al ver el corte del pelado de mi pubis, yo que no podía reírme lo hice a carcajadas con las cosas que decía. Lo menos que hizo fue bañarme de abajo hacia arriba, yo sólo la hago reír y ella todo lo que dice y hace es gracia.

La señora de la cama No 1 cuando salimos se sonrió de vernos tan felices. Nos parecíamos a las protagonistas del Color púrpura tan bien descritas por la Walker en su libro.

Todos comentaban nuestra alegría. Mi traslado era casi seguro.

En mi caminata matutina fui sorprendida por el médico que llegaba con una placa en la mano, soltó su mochila y juntos los tres fuimos para el cuarto. Me reconoció y al fin pronunció no tan convencido mi Alta del Hospital.

Se mostró preocupado y repetía lo mismo varias veces, me dio una conferencia de cómo lograr la recuperación sin dificultades, la lista de impedimentos parecía infinita. Salió para la redacción del Certificado Médico, en ese momento llamamos a Orly para acelerar mi partida. El médico tuvo que repetir el Certificado médico por confundir los nombres, dio las últimas orientaciones y se despidió efusivamente, pero noté preocupación.

Cuando el médico salía, la viejita de en frente de la cama que nunca había hablado dijo dirigiéndose a mí, pero para que todos escucharan:

_ Oye rubia, ya sé por qué tú estás tan bien, cualquiera se recupera con un médico como ese.

Las carcajadas de todas las mujeres del cuarto fueron inevitables. Si estuviera Orly dijera ¡Mujeres!

No había pasado ni media hora ya estaba diciéndole adiós al recinto que con tanto amor me había acogido durante dos días y 18 horas. Me despedí de todas las pacientes y dejé mi teléfono a la de al lado para seguir conectadas.

Me despedí de Jorge Luis, de Eddy y le pedí los nombres de todos los que me habían atendido para incluirlos en mis Crónicas (días grises y primaverales) y quién sabe si escribiera para mi Diario preferido.

Atrás quedó: Hospital Nacional, sueros, olores, gomas, medicamentos, pasillos, camillas, batas blancas, salones verdes, agujas, inyecciones, médicos, enfermeros, pantristas, auxiliares de limpieza,... atrás quedó el recuerdo de mi primera operación quirúrgica. Creo que de tener otra sería nuevamente en esta instalación que para muchos es una sala 8, pero para mí resultó muy grata ya que gracias al amor y a la ética profesional de todo el personal que me atendió, se convirtieron en primaverales días que pudieron ser grises. Gracias al sistema de salud cubano.